

Diego Catalán en la memoria

por JOSÉ MANUEL PEDROSA

TUVE EL privilegio de trabajar con Diego Catalán durante diez años aproximadamente, a partir de 1988. A finales de aquel año (era yo entonces un muchacho de veintitrés) crucé por primera vez el gran portón, el sendero entre los olivos y el umbral de la casa de Menéndez Pidal, recomendado por mi maestro y director de tesis, Iacob M. Hasán, y recibido gentilmente en la puerta por Ana Valenciano. Unos días después, en alguna visita posterior (no recuerdo si fue en la segunda, en la tercera...), conocí por fin al Diego de carne y hueso, quien en mis oídos y lecturas había estado precedido de una fama de sabio profundo, original, insobornable, que no tuve que esperar demasiado a que muchas circunstancias la confirmasen. A sus sesenta años tenía un físico poderosísimo, una barba bíblica, una energía asombrosa, unos gestos nerviosos y una voz de tenor que no cuadraba del todo dentro de aquel corpachón de bajo. Sus pasos, cada vez que iba y volvía, a toda velocidad, desde la sala de la biblioteca a la habitación del archivo, retumbaban por toda la casa, y se confundían a veces con la voz de Jimena, que hablaba por teléfono en sus estancias del piso de arriba. Pero también era posible pasar junto a él horas de silencio espeso y contemplarle, ensimismado, absolutamente inmóvil y con la cabeza ladeada ante algún libro, desde el quicio de la puerta de cualquiera de las habitaciones de arriba o de abajo, mientras vapores de luz se filtraban desde el jardín.

Colaboré con Diego en unos cuantos proyectos, pero sobre todo en la catalogación del Archivo Sonoro del Romancero (ASOR), en la que trabajé codo con codo (literalmente, porque compartíamos mesa de trabajo y reproductores de cintas) con su hija Débora, que tuvo una de las muertes más desgraciadas y evitables de las que yo he tenido noticia. Nada más llegar al Seminario (que era el nombre que todos dábamos a la casa de Menéndez Pidal, con lo que tenía dentro y con lo que significaba hacia afuera) yo había dejado allí una copia de mis propios romances, que por entonces andaba grabando compulsivamente en muchos pueblos de España. Y sospecho que fue aquel modo afortunado de empezar las cosas lo que hizo que mi relación con Diego fuese siempre sumamente afable. Cosa que no estaba, desde luego, al alcance de todo el mundo, sobre todo en sus últimos años, que le trajeron sinsabores y agitaciones bien terribles.

De la conversación de Diego aprendí tanto como de sus escritos. Charlábamos de vez en cuando sobre determinado romance, sobre tal fórmula, mientras él hojeaba nerviosamente en las carpetas amarillentas del archivo, y me mostraba la letra de su abuelo o la suya de hacía cuarenta años, para que me convenciese de tal cosa... Se interesaba mucho por el relato de mis encuestas, y contestaba con la narración de las suyas propias. De sus labios escuché muchas anécdotas inolvidables sobre sus expediciones juveniles por los campos de la deprimida Zamora o del escasamente practicable León de la posguerra, en compañía de su primo Álvaro Galmés, a quien también conocí en el Seminario y con el que me unió la cómplice afición por contar y escuchar chistes. Cuando le regalé mi primer libro, *Las dos sirenas y otros estudios de literatura tradicional*, en 1995, Diego se quedó tan encantado de la edición que me pidió que le pusiese en contacto con la editorial (Siglo XXI), con la que publicaría él, no mucho después, los dos volúmenes monumentales del *Arte poética del romancero oral*. Colaboré también con él, en un primer momento, en la edición de los romances y canciones del manuscrito cifrado del

embajador Perrenot, que después continuó él, y que acabó siendo el último libro que le dio tiempo a terminar.

Haber conocido aquel Seminario Menéndez Pidal, en aquella refulgente edad de oro que gozó en las décadas de los ochenta y de los noventa, haber podido tratar a Diego Catalán y a todo el elenco de personajes irrepetibles que iban de un lado a otro sobre su crujiente tarima (desde la bibliotecaria inolvidable, Carmen Alvarado, hasta el mítico, ya ancianísimo don Rafael Lapesa, pasando por la vivaz y entrañable Ana Pelegrín), cuenta ya como una de las experiencias más felices no ya de mi carrera, sino de mi vida. No muchos gozos (ni privilegios) podía haber, para un jovenzuelo como yo, comparable al de las tardes que pasé con Diego y con Sam Armistead leyendo y opinando, con los papeles desperdigados sobre la mesa, acerca de unos romances supuestamente recogidos en Las Hurdes, y haciendo planes (que al final no llevamos a la práctica) de acercarnos en el coche de Diego, de incógnito, a aquellos pueblos para averiguar qué podía haber de cierto o de incierto en aquella hipotética y extrañísima tradición. Aunque lo cierto es que no sé muy bien cómo se podía ir de incógnito a ninguna parte con Diego, con Sam y con sus barbas medio carolingias y medio cidianas. Pocas lecciones, teóricas y prácticas al mismo tiempo, podía haber más indicadas, para un filólogo en ciernes como yo, que la de viajar en tren de noche (en coche-cama, menos mal) y entretener las horas charlando con Diego antes de llegar a Gijón para presentar el insuperable romancero asturiano de nuestro amigo Jesús Suárez López.

A finales de los noventa dejé de ir por el Seminario. Circunstancias desdichadísimas hicieron que quedase desmantelado el equipo investigador de entonces. Aún vi y hablé después alguna vez con Diego. Recuerdo nuestro inopinado encuentro y nuestra conversación (sobre el romancero sefardí, aquella vez, porque me acompañaba mi amigo Shmuel Refael) cuando nos tropezamos una tarde de verano en la Plaza de la Paja, frente a la iglesia de San Andrés.

Pero luego corrieron algunos años de noticias solo indirectas. Me agradeció, por email, mi apoyo a su lucha por preservar de torvos buitres especuladores la obra de su vida, el centro de estudios que tan trabajosamente había levantado en la casa de Menéndez Pidal. Y pocas semanas (quizás días) antes de la fatal caída en su última enfermedad hablé larga, larguísimamente, por teléfono con él, y nos prometimos, en vano, que pronto nos íbamos a ver.